

La novela de mi padre

(fragmentos)

Eliseo Alberto

Mírame, observad a Eliseo Diego, atento al oído, la mirada atenta, en vela por un niño de seis años. Yo soy el que habla, ya lo he dicho, el que escribe, el que es escrito.

ELISEO DIEGO,

En las oscuras manos del olvido (1942)

...yo estoy muerto de risa.

ELISEO DIEGO,

*Olmecca*¹ (1994)

Prólogo

Hace diez años que salí de este pueblo...

ELISEO DIEGO,

Narración de domingo (1944-1945)

Hace diez años que salió de este pueblo. Eliseo Julio de Jesús de Diego y Fernández Cuervo, mi padre, murió el martes 1 de marzo de 1994, cerca de las nueve de la noche, en el pequeño departamento pintado de azul, segundo piso interior, que alquilaba desde hacía tres meses en una calle llamada Amores, colonia Del Valle, Ciudad México. El nido disponía de dos dormitorios, un baño, una sala con vista al corazón de la manzana, una cocina amplia y un patiecito para el lavado de ropa. La casa de Eliseo Diego iba siendo poco a poco la de Bella Esther; en apenas diez semanas, mamá la había transformado en un santuario cálido,

¹ Último verso escrito por Eliseo Diego, pocas horas antes de su muerte.

bienquerido. Las paredes del comedor comenzaban a iluminarse con dibujos de mi hermano Constante de Diego (Rapi), naturalezas muertas de Vicente Gandía y paisajes tabasqueños de Carlos Pellicer López; mamá marcaba su territorio, como leona en selva nueva, y había hallado columnas para colgar tres platos. En el cuarto principal, que ocupaban mis padres, el poeta tenía su rincón de trabajo —una mesa de madera, un librero estrecho, una lata repleta de bolígrafos baratos, una flamante máquina de escribir eléctrica—. Sobre la mesa, su colección de pipas y las bolsitas de picadura. Un cenicero. Dos cosacos de plomo pintados con tempera, emisarios de la notable colección de soldaditos que había quedado acuartelada en sus cajas de tabacos, allá en La Habana. Mi hermana Josefina de Diego (Fefé) levantó su campamento en la segunda recámara y, amorosa custodia de papá y mamá, no les perdía pie ni pisada porque ella mejor que nadie sabía que, de un tiempo a esta parte, ese par de locos podía comportarse de una manera casi infantil. Al menor descuido, Bella Esther olvidaba inyectarse la insulina de las mañanas o medirse los niveles de azúcar en la sangre, y papá dejaba sobre el lavamanos sus píldoras controladoras de la presión arterial o los fármacos antidepresivos que por muchos años debió recetarse con puntualidad para salir a flote en los mares de una melancolía relojera. Mal ventilada, la casa olía a sofritos. Frente al edificio, marcado con el número 1618, había una papelería (la de los bolígrafos baratos y las carpetas de tres broches) y una tiendita de abarrotes donde papá compraba cigarrillos *Delicados* sin filtro; pared con pared, una real fuente de inspiración: un gimnasio que frecuentaban actrices rubias, tronantes, ligeras de ropa. El desfile de las modelos alcanzaba su clímax a las seis de la tarde, hora en que el poeta prefería ir por sus cajetillas «con cara de yo no fui», escoltado siempre por dos amigos camilleros que tenían la misión de apuntarlo por los codos cuando le flaqueaban las rodillas, entre el octavo y el noveno suspiro. Mi madre sonreía desde la cocina al sentirlo regresar quejumbroso. A cien pasos del edificio, se abría un parque de sombra amable, atravesado por senderos laberínticos; en la esquina distante, calle de por medio, en el cruce de las avenidas Félix Cuevas y Gabriel Mancera, se levantaba el caserón de la agencia funeraria donde a la noche, en un abrir y cerrar de ojos, habríamos de velar el cadáver de mi padre.

Fefé cuenta que ese martes el poeta se había estado quejando desde los postres del almuerzo (que si la panza, que si le dolía la cabeza, que si le estaba entrando catarro, que si sentía escalofríos); al ser consultados por mamá, sus hijos entendimos el reclamo de papá como una más de sus clarísimas manifestaciones de malacrianza, mimoso rasgo de su temperamento. Pasó la tarde de buen humor, en lo que cabe. Al anochecer, sin embargo, comenzó a faltarle el aire y se sobrepuso a dos o tres crisis en verdad angustiosas. Fefé se comunicó con el doctor Haroldo Diez, médico de cabecera y devoto lector de su poesía, quien le recomendó que pidiera de inmediato el servicio de ambulancias que solía darle atención de urgencia en trances anteriores, siempre pasajeros, en lo que él rescindía compromisos de rutina y pasaba a regañar a su paciente consentido. De caída la tarde, Fefé nos avisó por teléfono a mi hermano Rapi

y a mí. La noche pintaba mal. Hablé con papá dos minutos. Le dije que ya iba en camino, para pasarle la mano. Me respondió que nos estábamos ahogando en un vaso de agua, que se tumbaría en la cama a releer un rato *Orlando* de Virginia Wolf o a disfrutar alguna película mala —que para él, cómo negarlo, eran las buenas—. La voz me llegaba en ráfagas. Las palabras se partían en sílabas, telegrafiadas en la clave Morse de un lastimado s.o.s. al que quería restarle dramatismo. Luego (¿acaso cuando supo que no podría ocultarme el martirio de sus pulmones?), se despidió de una manera tajante. Brusca. A mi padre le gustaban los finales inesperados, sin exigir la obligatoriedad de un desenlace feliz.

Murió dormido.

Cayetano, Tanito, también había muerto mientras dormía.

Meses después del entierro, en La Habana, mi hermana encontró por casualidad el manuscrito de una novela que, cincuenta años atrás, una tarde de noviembre de 1944, papá había comenzado a redactar de puño y letra «con la ayuda de Dios», según reza justo encima del título: «*Narración de domingo*». El cuaderno estaba traspapelado en uno de esos sobres amarillos, manilas y marchitos que conservan daguerrotipos impávidos, fe de bautizos o propiedades de tumbas, entre otras minucias perdidas. Fefé llamó por teléfono, a cobro revertido, para contarme el hallazgo; desde mi refugio mexicano, en lo más alto de un cerro de pinos, entre almohadones de cúmulos bajos, yo la escuchaba nerviosa y traviesa al otro lado de la línea, sin ganas de disminuir la merecida contentura de quien halla un incunable en una librería de segunda mano. «Es casi, todo, un libro», me dijo, y contó a vuelo de pájaro cómo lo había descubierto al revisar las carpetas del armero, donde el poeta guardaba sus aguerridos ejércitos de galos, montenegrinos, celtas, austro-húngaros, prusianos de plomo, sus invencibles regimientos insulares. «También hay muchas cartas de mamá, fechadas en esos años», me dijo Fefé: «¿Te imaginas, hermano?... ¡La novela de papá!». La frase dejó un arco iris de puntos suspensivos entre su casa y la mía. Bella Esther y los tíos Cintio Vitier, Fina García Marruz y Agustín Pi, únicos sobrevivientes de aquellos otoños juveniles, ni siquiera recordaban el manuscrito, lo que nos dice que papá tampoco confiaba demasiado en él —aunque por alguna razón personalísima nunca se deshizo del borrador, a pesar de su manía de espulgar escondites y retener sólo documentos que conservaran algún valor literario o sentimental—. Pienso que papá no podía evitar cierta condolencia ante sus textos de juventud, no así por sus escritos de madurez, a los que trataba con una rigurosidad extrema cuando, de tarde en tarde, decidía podar hojas caducas y llenaba de ripios el cesto de basura con una higiénica sacudida de manos —propia de quien tira lastre al vacío, desde la cesta de un globo aerostático—. En noviembre de 1944, papá ya había cumplido veinticuatro años, acababa de publicar su primer libro (*En las oscuras manos del olvido*) e iba a celebrar cinco inviernos de noviazgo con Bellita. Quizás *Narración de domingo* tuvo suerte porque encontró acomodo en el fondo de la gaveta del fondo, allí, claro, por supuesto, no faltaba más, en las honduras de las credencias donde se asientan, tenaces, las

cosas que olvidamos olvidar entre otros olvidos. Por lo que mi padre rumia en una línea borrosa, salida de una pluma fuente de tinta negra, andaba por Santiago de Cuba cuando inició la aventura siempre tentadora de escribir, para leer un libro que jamás había encontrado, por más que lo buscara en muchos sitios diferentes². «Yo volví avanzada la tarde a este pueblo. Caminé de la estación a mi casa entre los sembrados geométricos de los chinos, cuyas inflexibles líneas eran las mismas de cuando me marché. Cierto que mi abuela, mi gran abuela de moño blanco, no alabaría ya la bendita frescura de las coliflores y lechugas». Así comienza la novela de mi padre. El joven Eliseo Diego tenía entonces una letra casi medieval, adornada con vistosas capitulares que dificultan su decodificación. La tinta se transparenta en el papel, borrada por el relente —que en Cuba es una de las perversidades más socorridas del diablo cuando intenta dejar sin documentación a la memoria: no hay Dios que resista 95 grados de humedad a medianoche—. El personaje principal de la novela se nombraba Cayetano, alias Tanito.

El manuscrito tiene dos fechas marcadas y sugiere tres escenarios de escritura. En la portadilla se acreditan la ciudad de La Habana y el mes de junio de 1945, pero en la página catorce se mencionan otras poblaciones, Sagua la Grande y Santiago de Cuba; en la diecisiete, se lee un arañazo, como al descuido: «La Habana, noviembre 1944». En la que debería ser la hoja veintisiete, ésta sin numerar, papá se lamenta porque se le acaba de romper su pluma fuente. El título (*Narración de domingo*) remite a los relatos que integran *En las oscuras manos del olvido*, y hace pensar que el joven Eliseo (ahora sí) aborda la novela desde la inercia de su libro anterior, sin haberse desprendido por entero de su embrujo. «El destrozo es apreciable», escribe en lo que parece el borrador de una carta (¿a sí mismo?), y se alcanza a adivinar un saludo entre charcos de tinta: «Suyo afectísimo, Eliseo Diego». Dos centímetros abajo, añade: «Esta narración de domingo fue comenzada, ¿pero cuándo será terminada? Cuándo. Nunca. Esa es mi opinión». En la contra cara, papá calca el contorno de su mano izquierda, sin incluir el dedo gordo (¿y acaso retoca las uñas con un bolígrafo? Rapi asegura que no es un calco sino un buen dibujo). Encima de la mano, como un tatuaje, deja testimonio de cierto cansancio, también evidente en la caligrafía, a esta altura desparramada y confusa: «¡Bha! ¡Bha!», gime en ángulo impreciso, de proyección ascendente. Pocas líneas después, el escritor se rinde y ya no sabemos más del proyecto. Cayetano pasó medio siglo en la gaveta.

Hoy leo esos treinta folios con cierta aprehensión. Si un murciélago los rozara con el ala, si una mosca se posara sobre ellos, si mi Ángel de la Guarda estornudara de repente, el cuaderno se pulverizaría en un alarido mudo y no

² En el prólogo de *Por los extraños pueblos*, papá revela una de sus motivaciones principales a la hora de «hacer» un libro. Luego de dedicarnos el libro a sus tres hijos, dice: «A los que quisiera decir enseguida cómo sucedió que teniendo ganas de leerlo, y no hallándolo, así completo, por más que lo busqué en muchos sitios diferentes, decidí por fin escribirlo yo mismo. Pareciéndome que habrá otras razones más graves para hacer un libro, pero ninguna más legítima».

quedaría más que una nube de vocales volátiles. Antes de entrar de lleno en la carpintería de la prosa, papá adjunta catorce páginas de apuntes.

(...)

Todo termina con un dibujo que papá traza al borde de la página treinta y dos: un hombre de boina y bigotes, lejanamente parecido a mi abuelo Constante de Diego, mira a la distancia al tiempo que ofrece en la palma de su mano izquierda un objeto que no se alcanza a precisar, envuelto como está en un lío de rayones. Diez años después de la muerte de mi padre, yo volveré a su pueblo abandonado. Lo haré por él, por mamá, por mis hermanos, por mí. Leeré en voz alta las cartas de Bella. Avanzada la tarde, caminaré de la estación a casa entre los sembrados geométricos, cuyas líneas serán las mismas de cuando me marché. Cierto que nadie alabará la bendita frescura de las coliflores. Bajo el algarrobo, como en la infancia, haré castillos en el aire, figuraré el porvenir desde la elevación de una almohada. Cuando me dé cuenta, me levantaré de golpe, angustiado. Dos ríos. Dos corrientes. Dos sueños. Uno a uno. «Hace diez años que salí...». Hace diez años. Hoy lo sé: debo terminar la novela de mi padre.

Y ésta es, *amigo mío*.

Primer sueño

Nos dio por morirnos. Sólo mi abuela, cuyas convicciones arraigaban más hondo, y yo, que no tenía ninguna, vimos asentarse en su acostumbrada transparencia, apenas rozada normalmente por el canto de los gallos o el silbido lejano del tejar. El que no me conoce dirá que hablo a la ligera...

ELISEO DIEGO,

Narración de domingo (1944-1945)

1

Las cuatro últimas palabras que papá me dijo, nunca se las había escuchado en cuarenta y dos años: «Vete al carajo, hijo». La *orden* me hizo gracia y colgué el teléfono. «Vaya, caray, qué maneras», le comenté a Diego García Elío —que ese martes de marzo había ido hasta mi palomar de la calle América, colonia Los Reyes Coyoacán, ansioso por confesarme que tenía la frágil impresión de ser feliz: se pensaba enamorado—. Corría brisa aquella tarde. Bebíamos J&B a las rocas. Entre los de mi familia, e incluso a los amigos, resulta práctica habitual intercambiar a quemarropa insultos cariñosos, algo que a extraños suele sorprender por la espontaneidad de los improperios; gracias a ese sistemático ejercicio del ingenio, hemos logrado algunos magistrales. El día anterior, yo había sido una sabandija de escusado y Rapi una rata albina y Diego un cerdo en un charco de aguas de albañales. Sin embargo, el tono de la frase me congeló la frente y me puso a sudar. Yo no lo sabía, papá sí: se estaba muriendo. Mi hermana Fefé volvió a llamar por teléfono. «Se ahoga», dijo. Hablaba llorando. «¡Los

pingüinos!», exclamé al colgar: «¡Los pingüinos!». Los hielos se derritieron en el whisky. Diego condujo su coche a toda velocidad por la calzada Miguel Ángel de Quevedo y era tanto el tráfico en la Avenida Universidad que, para invadir el carril de Gabriel Mancera, no dudó en cortar camino a contra corriente. Mientras él llevaba el timón y movía la palanca de cambio, yo apretaba el claxon con el pulgar izquierdo. Volábamos. Cuando me senté junto a papá, en su cama, una gota de sangre le colgaba del labio inferior. Una gota fresca, también mía. El poeta llevaba camisa blanca, mal abotonada, y pantalón negro, de diario. Murió despeinado. Un calcetín en el pie izquierdo. Le acomodé las manos sobre el pecho, acorde a las convenciones funerarias, y me pregunté si yo sería capaz de perdonarle esa extraña despedida: «Vete al carajo, hijo». Terminaba aquel martes primero de marzo de 1994, una fecha hasta entonces vacía. Y por el televisor del cuarto (sin audio, sin música de fondo, sin esperanza alguna) Charles Boyer, un agente confidencial e impávido, el mismísimo Charles Boyer, se abotonaba su gabardina y se perdía de vista por una callejuela tan silenciosa como oscura.

«Creo que murió, no me atrevo a entrar en su cuarto», nos había dicho Fefé a Diego García Elío y a mí al llegar a la puerta del edificio de la calle Amores. La casa olía a lentejas. Mi hermano Rapi estaba asustado. Me inquietó el tic de sus párpados: se había encogido. Rapi tenía de pronto doce años. Mamá fumaba en la sala. «¿Sabes que pasó, Lichi?», dijo en una bocanada de humo: «Tu padre pidió que lo despertaran cuando comenzara la película del Canal 11, pero era un viejo suspenso de Charles Boyer que habíamos visto hace años en un cinecito de La Habana y lo dejé dormir un rato». Siempre he tenido la impresión de que entre mamá y papá no quedó nada pendiente, nada de nada, ni siquiera una mísera mentira por revelar: luego de cuarenta y cinco años de matrimonio debieron haber acumulado más de un agravio, alguna que otra causal de roña o de celo o de cansancio, señales de desencanto, pero contra viento y marea lograron resolver dichos pendientes en la privacidad de una relación basada en la confianza. Ese pacto de perdones recíprocos fue tomado de común acuerdo; en consecuencia, tales secretos o reclamos terminaron guardados en los sótanos de sus recuerdos, donde ellos decidieron soterrarlos bajo cuatro varas de silencio, a cuenta y riesgo. Mamá fumaba. El departamento daba vueltas en redondo.

La memoria también. Era la tercera vez que Eliseo Diego se moría. La primera fue en el año 1975, la noche que un infarto masivo le paró en seco el corazón. Después del café con leche de la cena, papá y mamá habían visto en el televisor una de sus películas favoritas: *Key Largo*, con Humphrey Bogart, Lauren Bacall y Edward G. Robinson. En La Habana chiflaban ráfagas huracanadas; el viento sacudía la fronda de los árboles, igual que en el trepidante filme de John Huston. Mal presagio. Rapi lo llevó de urgencia al hospital Manuel Fajardo, cercano a casa, y Fefé se quedó cuidando a mamá. Yo no estaba localizable. Rosario Suárez, Charín, bailaba en el teatro García Lorca, y me gustaba aplaudirle cada función. Dice Rapi que el médico de turno reconoció al poeta y por ello se atrevió a formularle una pregunta inesperada:

«Don Diego, dígame, ¿acaso tiene la sensación de estar muriendo?». Luego explicaría que ése es un síntoma inequívoco, una pista, pues la muerte ronda: por eso los perros ladran con el rabo entre las patas y las yeguas recién paridas relinchan en las caballerizas y los cuervos levantan vuelo al sentir su espantapájara y movediza presencia. «Dígame, don Diego, ¿sí o no?». Papá asintió al mejor estilo del mejor Bogart. Lo acostaron en una camilla metálica del Cuerpo de Guardia, en lo que los especialistas leían los mensajes cifrados del electrocardiograma y acordaban en equipo los pasos que debían dar en esa vertiginosa carrera contrarreloj. Papá tomó a Rapi de la mano y dictó en vida, casi sin aliento, lo que entonces parecía el único mandato que nos dejaría en herencia a sus tres hijos: «Quieran mucho a su madre, quieran mucho a su país». Un coletazo de dolor lo retorció en un arco. Ojos vacíos. Después de su sorprendente resurrección, papá contaba que la última imagen que tuvo de este mundo fue la de una enfermera obesa que avanzaba hacia él con decisión y total conocimiento de causa, «una de esas mulatas saludables y magníficas que cuando se detienen siguen moviendo la mantequera hasta que el abdomen se posa por gravedad», decía al recordar a su salvadora. La enfermera comenzó a golpearle los muros del pecho, lateral izquierdo, hasta hacerlo regresar a las malas, ya que por las buenas podía considerársele un caso perdido: «No se puede morir», decretó. Tres noches más tarde me quedé con él en la sala de terapia intensiva. Había pasado *el susto*, pero papá seguía hundido en un profundo ostracismo, acaso más peligroso que las cicatrices que comenzaban a sellar las heridas. «Tantos años pensando con qué frase me iba a ir a bolina... y esa se antojaba perfecta, pues testamento lo más valioso que poseo, *quieran mucho a su madre, quieran mucho a su país...* Tu verás, hijo, que cuando me retire definitivamente *al otro lado*, diré alguna tontería sobre la impermeable belleza de los pingüinos».

¡Los pingüinos, eso era, los pingüinos!